

III Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Temuco, 1998.

# Lugares y no lugares de la ciudad.

Marc Augé.

Cita:

Marc Augé. (1998). *Lugares y no lugares de la ciudad*. III Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Temuco.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/iii.congreso.chileno.de.antropologia/26>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/evbr/T1s>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

## TALLER

# *Lugares y no lugares de la ciudad*

Marc Augé\*

Me gustaría partir de la oposición entre lugar y no-lugar para intentar evocar algunos de los problemas de las ciudades hoy en día. La ciudad es, en efecto, y cada día más, el espacio en el que se juega la historia de los hombres, y en el que, al mismo tiempo, se expresan sus aceleraciones, sus contradicciones y sus vértigos. En cuanto a la gran ciudad, existe a la vez por sus equilibrios y sus circulaciones internas -en este sentido, existe como lugar singular y particular- y por su dimensión externa: proyecta al exterior bienes, informaciones, individuos e imágenes. En sentido inverso, la ciudad atrae otros bienes, otras informaciones, otros individuos y otras imágenes. La imagen que da de ella misma, ya sea la imagen puramente informativa constituida por los cuadros estadísticos evocando su demografía, su capacidad de acogida, su dinamismo económico o la imagen estética que espera seducir turistas e inversionistas, se proyecta al exterior, para atraer las corrientes de la banca, la industria, el comercio, el deseo y el placer. La gran ciudad, por este doble y amplio movimiento, respira al ritmo de la región, del continente y, finalmente hoy, del planeta entero.

Después de haber recordado los rasgos esenciales de la pareja lugar /no-lugar pareja que he intentado definir en algunos trabajos recientes, desearía comprobar su pertinencia en el caso de la ciudad actual, preguntándome "in fine" si, del hecho mismo de su extensión sin precedentes, la ciudad no es particularmente vulnerable al fenómeno de puesta en imágenes del mundo, característico de nuestra época.

### *El doble lugar/no-lugar*

Los antropólogos siempre han soñado con observar lugares circunscritos y transparentes en los cuales la cultura, la sociedad y la individualidad se expresarían y se reflejarían una y otra, a través de la organización del espacio. Este ideal no corresponde, en rigor, a ninguna realidad: más exactamente, la cultura, la

sociedad y el individuo son realidades plurales, relativamente autónomas, y siempre en construcción que nunca se dejan encerrar en una fórmula única y acabada. Nunca hemos podido, además, observar cultura, sociedad o individuos totalmente cerrados a la influencia del exterior. Resulta que entre los valores esenciales de la cultura, la organización de la sociedad y los comportamientos de los individuos, no existe ninguna transparencia, sino zonas de recubrimiento, pero también zonas de opacidad, de rupturas, de relaciones de fuerza, incluso de contradicciones. Inducir lo cultural, lo social y lo individual de la sola observación del espacio, lo histórico y construido que pueda ser, no tiene pues, en rigor, ningún sentido.

Esto no quita nada al hecho de que los grupos humanos, cuando al término de una migración o de una guerra, se han instalado en un espacio dado, siempre han hecho de ese espacio un territorio, un espacio explotable y pensable. Igualmente los itinerarios circulares de las sociedades nómadas tienen sus marcas y sus etapas. La organización y la apropiación del territorio tienen sus aspectos económicos (delimitación de tierras de cultivo y de zonas de caza, de pesca o de recolección), sociales (delimitación del espacio público y de los espacios privados, emplazamientos culturales reservados a los símbolos comunes de identidad), individuales y simultáneamente relaciones (las reglas de residencia corresponden a relaciones específicas entre ciertos parientes. Las reglas de herencia pueden incumbir, en poblaciones nómadas como los tuaregs, bienes como las tiendas que son a la vez muebles e inmuebles). La preocupación de dar sentido al espacio se traduce hasta en la organización de la vivienda; Jean Pierre Vernant ha recordado el contraste que oponía, en la casa griega de la época clásica, el centro, hogar femenino protegido por Hestia, y el umbral, abierto al exterior y a los intercambios, masculino y protegido por Hermes. Es por un contraste del mismo tipo que

podemos definir también la casa Kabil, tal como la analizó Pierre Bourdieu, con su parte de sombra, interior y femenina, y de luz, exterior y masculina, o aun las habitaciones del sur de Togo y del sur de Benin donde el dios Legba ejerce un poco las mismas funciones que Hermes. El mismo cuerpo humano es considerado a menudo como el receptáculo de fuerzas ancestrales que ocupan ciertos puntos precisos.

La fórmula de Lévi-Strauss, según la cual “desde la aparición del lenguaje ha sido necesario que el universo significara” se aplica pues bien a la constitución de lugares por las sociedades humanas. Un lugar, es un espacio dentro del cual pueden leerse algunos elementos de las identidades individuales y colectivas, de las relaciones entre los unos y los otros y de la historia que comparten. Un lugar, es también un “territorio retórico”, es decir un espacio al interior del cual se tiene el mismo lenguaje (y no solamente la misma lengua)-lo que permite, si acaso, comprenderse “a medias palabras” o a través de la complicidad del silencio o del sobreentendido. Por último, desde un punto de vista más estrictamente geográfico, un lugar se define por su frontera exterior y sus fronteras interiores. Además los etnólogos se han planteado siempre la cuestión del contexto en el cual el análisis de las especificidades del lugar tenían un sentido -este contexto pudiéndose definir, con un cierto grado de aproximación política (una jefatura, un reino), geográfica o cultural.

Un no-lugar, a la inversa se definirá como un espacio donde no pueden leerse ni identidades, ni relaciones, ni historia. Y los nuevos espacios del planeta, en un mundo que Paul Virilio caracteriza por la instantaneidad y la ubicuidad, se prestan a primera vista ejemplarmente a esta definición negativa. Los espacios de circulación (vías aéreas, aeropuertos, autopistas), los espacios de la comunicación (las pantallas de todo tipo, las ondas y los cables), los espacios de consumo (supermercados, estaciones de servicio) pueden de esta manera aparecer como no-lugares, frecuentados mayoritariamente por individuos solitarios y silenciosos. Estos no-lugares se mezclan los unos y los otros (radio y televisión funcionan en los aeropuertos, los aviones, las estaciones de servicio, las grandes cadenas hoteleras). Los códigos y las reglas están destinados a un uso inmediato y no son, de ninguna manera, símbolos. Las voces están grabadas y son hasta sintéticas. Estos espacios son pues la expresión de tres fenómenos característicos de nuestra “sobremodernidad”: la aceleración de la historia (ligada a la rapidez de la información), el estrechamiento del planeta (ligado a

la circulación acelerada de los individuos, de las imágenes y de las ideas), la individualización de los destinos (ligado a los fenómenos de desterritorialización). En cuanto al contexto de los no-lugares, es el mismo planeta que constituye el espacio de referencia.

La oposición entre lugar y no-lugar es, de todas maneras, relativa y no se puede concebir simplemente en términos empíricamente espaciales. Es relativa en el tiempo: un lugar puede llegar ser un no-lugar y a la inversa. En Francia se ha visto, en la periferia inmediata de los pueblos y de la pequeñas ciudades, como los accesos de algunos supermercados, han llegado a ser lugares de encuentro episódicos o regulares para los jóvenes, atraídos sobre todo por los stands en los que se venden discos, cassetes y equipos audiovisuales. Un aeropuerto no tiene el mismo significado para un pasajero que para aquel que trabaja todos los días. Hace falta pues que prestemos atención a la diversidad de miradas de las que un mismo espacio puede ser objeto y considerar la pareja lugar-no lugar como un instrumento flexible para descifrar el sentido social de un espacio, es decir, su capacidad para acoger, suscitar y simbolizar la relación. Lugar y no-lugar, además, no se oponen como el bien y el mal. Si uno entiende por “sentido” el sentido social, la relación pensable y gestionable, instituable, entre uno otro, los unos y los otros, se evidenciará que un exceso de sentido puede ser insoportable (es muy difícil vivir continuamente dentro de la mirada de otro) de la misma manera que un exceso de libertad (no depender de nadie) puede hacernos caer en la locura de la soledad. Lugar y no-lugar están en tensión como la exigencia de sentido y/o de libertad.

Queda por ver que es alrededor de las ciudades donde se ve multiplicarse los espacios donde el sentido social parece más problemático, sin duda porque se definen por el doble movimiento centrípeto y centrífugo que evocaba al principio y que son el punto de partida y de llegada de los flujos materiales e inmateriales, humanos y no-humanos cuya intensidad caracteriza nuestra sobremodernidad.

## *Lugares y no-lugares en la ciudad*

Las ciudades tienen una memoria que dialoga con la nuestra, la provoca y la despierta. Tienen una memoria histórica: en la concepción moderna de la ciudad, los monumentos se añaden a los monumentos para dar el paisaje su dimensión temporal y el ciudadano está confrontado cada día a las huellas de un pasado que

su propio recorrido reencuentra, recubre y supera. Los lugares y los monumentos (algunos simbolizan metonímicamente la ciudad donde se encuentran como el Gran Canal o la Torre Eiffel), los nombres de las plazas y calles, las estaciones de metro que los transplantan a las profundidades del subsuelo, hablan de la historia de los hombres. Pero cada hombre, cada individuo ha podido vivir su propia historia en el corazón de la ciudad. A lo largo de sus itinerarios, de sus paseos o hasta de los trayectos que lo conducen a su trabajo e inversamente, puede cruzar sus recuerdos, acordarse de épocas en las que no tenía la misma edad, donde su vida social, profesional o personal era diferente.

La ciudad-historia, la ciudad-memoria concentra y mezcla la gran historia y las historias individuales, reunidas a veces cuando un acontecimiento de importancia nacional e internacional (mayo 68, la caída del muro de Berlín en 89) ocupa una plaza importante dentro de la memoria de miles de individuos. Emmanuel Terray, en su libro *Ombres berlinoises*, ha hecho el inventario de períodos diferentes y contrastados (República de Weimar, III<sup>o</sup> Reich, RDA, Unión de las dos Alemanias) que a veces se han inscrito en los mismos lugares, o en los mismos edificios, en el corazón de una ciudad en la que las nuevas reconstrucciones borran hoy, progresivamente, una parte de la memoria. Pero el autor retraza a la vez su propio itinerario en la ciudad-producto de lo que Michel de Certeau llamaba las "rhétoriques piétonnières" (retóricas peatonales)-, un recorrido que la conduce, a través de la búsqueda de presencias aun palpables y de testimonios en vías de desaparición, a construir su propia memoria de la ciudad, el recuerdo de una estancia de dos años: trozos de vida, experiencia individual que se ha enriquecido, profundizado, confrontándose con la historia de otros.

Se encuentra a la ciudad como se encuentra a una persona. Se la reconoce, se la pierde de vista, se la vuelve a encontrar. Esta segunda dimensión de la ciudad -la ciudad-encuentro tiene dos aspectos complementarios que se sostienen mutuamente. Si se encuentra a la ciudad, es que es un espacio de encuentros. No podemos personificarla (como se ha hecho a veces en las canciones o en los poemas) si no es intensamente social, lugar donde viven, donde pasan miles o millones de personas que tienen, todas, una oportunidad de encontrarse. La ciudad que se quiere y que se ha encontrado de una vez por todas, es donde siempre se puede hacer un encuentro: un espacio, en este sentido, abierto al futuro y al otro. Tal es, sin duda, la razón por la cual hay a menudo, en

nuestro imaginario, fuertes convivencias entre el nombre o la cara de un artista o un escritor y la forma de la ciudad. Estos artistas o estos autores han encontrado a la ciudad, nos han precedido: Thomas Mann o Proust en Venecia, Stendhal en Roma, García Márquez en Bogotá, son ante todo, visitantes ejemplares- de esos que no llegan a agotar el misterio de la ciudad y le dan así toda oportunidad de conservarlo, de seguir como espacio de aventura. Fernand Léger, en las cartas que escribe a su amiga Suzanne Hermann, salta de entusiasmo descubriendo los rascacielos de Nueva York, simpatiza con el lado desordenado de Marsella: pero es evidente que encuentra ante todo en la ciudad, una metáfora de su obra y hasta de su persona ("*Je suis un type dans la genre de Marseille*", "*Soy un tipo en el estilo de Marsella*", escribe simpáticamente), es decir la expresión de un ideal siempre visible, siempre a mano y siempre en fuga. André Breton, a fuerza de recorrer el boulevard Bonne Nouvelle y el boulevard Magenta en dirección a la Ópera, ve surgir un día *Nadja*, es decir, en fin de cuentas, una emoción y un libro.

La ciudad no tendría esta fuerza poética, esta capacidad de personificar o simbolizar el encuentro si no fuera, en su principio, el lugar para relacionarse, el lugar de lo social donde se conjugan, y eventualmente se enfrentan, las historias, las clases sociales y los individuos.

## ¿Qué hay de

## la ciudad como lugar?

El fenómeno masivo que debe considerarse en primer lugar para responder a esta pregunta es el de la urbanización del planeta, de una extensión urbana sin precedentes aún más remarcable en los países subdesarrollados que en los países industrializados. El demógrafo Hervé Le Bras ha podido decir que la urbanización constituía, de la misma manera que la expansión de los cazadores-recolectores o el paso a la agricultura, un nuevo período de la historia de la humanidad lo que el mismo demógrafo ha llamado "filamentos urbanos". El tejido intersticial que se desarrolla así entre los antiguos polos urbanos diluye y desarticula las fronteras tradicionales.

El problema de las fronteras (y de los puntos de referencia) se dobla con un problema de representación y de imágenes. Diversos testimonios muestran cómo a menudo los habitantes de las afueras, de los grandes conjuntos de edificios, de las zonas intersticiales están más apegados de lo que uno se imagina desde el exterior a los lugares en los que

viven. Un joven investigador, David Lepoutre, en su libro *Coeur da Banlieue* sobre *La Corneuve* y la *Cité des Quatre Mille*, ha mostrado los verdaderos ritos de integración que las bandas juveniles de estos lugares imponen a los nuevos que entran en su clase de edad. Estos ritos pasan por una verdadera apropiación del lugar. Se ha visto también a gente llorar cuando se han hecho derrumbar, por razones de estética y de salubridad, los grandes conjuntos en los que habían vivido. Podríamos hablar, a este propósito, de *sobrelocalización*.

Lo propio del fenómeno de sobrelocalización es que encierra a la gente entre fronteras muy estrechas. Por un lado las relaciones entre diferentes barrios de las afueras son raras. Por otro lado es con los "hors-lieux" ("fuera-lugares") que se establece el mayor grado de contacto, un contacto al mismo tiempo un poco artificial: los "hors-lieux" ("fuera-lugares") constituidos por las imágenes de la televisión y por la gran ciudad a la vez próxima y lejana, pero aprehendida (el sábado por la noche sobre todo) en su dimensión de alguna manera ficticia. Así, en París hay algunos "hors-lieux" que son más frecuentados por los jóvenes de las afueras porque les proponen, directamente accesible en RER, una imagen centelleante de la ciudad. Pienso en primer lugar en el Forum des Halles y en los Campos Elíseos.

Estamos aquí invitados a interrogarnos sobre la puesta en imágenes del mundo, sobre las transformaciones de nuestra mirada y sobre la ciudad como ficción.

### ***La ciudad ficción***

La existencia de la ciudad ficción no es sino la ilustración más patente de un fenómeno general de puesta en ficción o puesta en espectáculo del mundo. Este mismo fenómeno debe ser relacionado con el rol cada día más importante que acordamos a las imágenes- a las imágenes que recibimos, por ejemplo cuando miramos la televisión o seguimos las indicaciones que aparecen sobre el cajero automático que distribuye billetes de banco, y a las imágenes que fabrican los turistas cuando recorren el mundo, el ojo pegado al visor de su cámara de video. La relación con la imagen así concebida redobla los efectos de insularidad y de circularidad propios de la sobrelocalización- y tenemos ejemplos espectaculares un poco por todo el mundo.

En ciertas organizaciones urbanas (por ejemplo en América Latina, pero la tendencia es general) vemos cómo se crean nuevas líneas de distribución y nuevas insularidades inmuebles sobreprotegidas por sistemas de seguridad muy elaborados, barrios privados,

ciudades privadas a veces, al interior de las cuales la vida se organiza, en primer lugar, en función del enfrentamiento virtual (y episódicamente actualizado) entre ricos y pobres. El espacio de cohabitación tiende a fragmentarse en fortalezas y en ghettos interrelacionados solamente por la red televisiva. Aún, desde este punto de vista, hay que distinguir entre las simples antenas que asignan los pobres a los espectáculos nacionales o comprados (en América Latina las telenovelas o las series americanas) y las antenas parabólicas que abren el espacio doméstico de los ricos a las imágenes y las antenas parabólicas que abren el espacio doméstico de los ricos a las imágenes del mundo entero. El espacio urbano pierde su continuidad.

Esta ruptura fomenta la empresa de "ficcionalización" que se hace de golpe más ambiciosa: crea en pleno campo nuevos universos, parques de entretenimiento, ficciones sin relatos, simplemente amontonamientos de algunos relatos residuales y de algunas llamadas publicitarias. Disneyland es el arquetipo: una calle falsa de pueblo americano, un salón falso, un Mississippi falso, personajes de Disney que corren en todos estos lugares falsos, un castillo falso y su bella durmiente del bosque componen el decorado de una ficción al tercer grado. La ficción, especialmente la de los cuentos europeos, había sido llevada a la pantalla por Disney, y en Disneyland viene a la tierra para hacerse visitar! Imágenes de imágenes de imágenes... ¿Entonces qué van a hacer los visitantes? Pues van a filmar, claro! Filmar para reintroducir en su "caja negra" todos los personajes que no deberían haber salido, pero aprovechando la ocasión para reunirse con ellos o para agregarles por lo menos la presencia de sus familiares: mujer, hijo, quienes podrán verse pronto en la pantalla, en la pantalla de televisión con Mickey, Donald y el príncipe encantado. Los parques de entretenimiento, los clubes de vacaciones, los parques de ocio-descanso y de residencia como los Center Parks, en Europa pero también los barrios privados y las ciudades privadas que surgen más y más numerosas en América y hasta estas residencias fortificadas y protegidas que se elevan en todas las ciudades del tercer mundo como castillos fortificados, constituyen eso que podríamos llamar "burbujas de inmanencia". Encontramos todavía estas burbujas de inmanencia, por ejemplo las grandes cadenas hoteleras o comerciales que reproducen poco o mucho el mismo decorado, destilan el mismo tipo de música a través de sus estantes o en sus ascensores, difunden los mismos video-films y proponen los mismos productos fácilmente identificables de un lado al otro

del planeta. En el fondo las “burbujas de inmanencia” son el equivalente ficcional de las cosmologías.

- están constituidas por una serie de puntos de referencia plástica, arquitecturales, musicales, textuales, que permiten reconocerse.

- dibujan y marcan una frontera más allá de la cual no responden a nada.

- son, a la vez más materiales y más lisibles que las cosmologías (que son visiones simbolizadas del mundo), su aprendizaje es más fácil pero les falta evidentemente un simbolismo, un modo prescrito de relación con los otros (reducido en su caso a un código de buena conducta para los usuarios) y un sistema de interpretación del acontecimiento (aun cuando se empeñan en constituir mundos en reducción: microcosmos del macrocosmos donde se proclama la dignidad del consumidor que los frecuenta.

- permanecen como paréntesis, que uno puede abrir o cerrar a discreción, mediante dinero y el conocimiento de algunos códigos elementales.

La ficción se vuelve, a partir de ese momento, aun más osada: no contenta con crear nuevos paréntesis, combate lo real mismo para subvertirlo y transformarlo.

Trata de remodelar, según sus criterios, las formas de la ciudad. Disney Corporation (como promotor) ha sido el vencedor de un concurso organizado por el alcalde y el estado de Nueva York para la construcción de un hotel y de un centro comercial y de ocio en Time Square y para la restauración del hotel casi centenario *New Amsterdam*, en la calle 42 en Manhattan.

Disney Corporation será igualmente la encargada de desarrollar un programa de ocio en Central Park y de crear una gran tienda, en la que se encontrarán todos los productos de sus películas, en el 711 de la quinta avenida. Son pues los dos arquitectos de Disney los que han ganado el concurso. Y lo más remarkable de este proyecto, es que se instala en plena ciudad, como un componente normal de la misma, el mundo de Superman, mundo de Superman que él mismo había sido concebido como una imitación de la ciudad. Los dos arquitectos victoriosos han optado por una estética del caos, pero es deliberadamente un caos de cómics y de dibujos animados. Por otra parte, algunos periodistas lo han notado, este proyecto en Time Square es fiel a la estética de los centros de ocio ya instalados en Estados Unidos; una estética que se mantiene alejada de los sofisticados debates sobre el sentido de la obra, como si ya el “efecto Disney” se tomara en serio y se tomara como referencia, se constituyera en autoreferencia para el futuro. Ya estamos pues, en la realidad que imita a la ficción.

Es la ciudad de Superman y de los comics la que la ciudad real va a imitar hoy. Cerrado el círculo: de un estado en el que las ficciones se alimentaban de la transformación imaginaria de lo real, nos hace pasar a un estado en el que lo real se esfuerza en copiar a la ficción. Quizás, llevado al límite, este movimiento corre el riesgo de matar a la imaginación, de disecar el imaginario, traduciendo en ello alguna cosa de las nuevas parálisis de la vida en sociedad. En el espacio urbano y en el espacio social en general la distinción entre real y ficción se vuelve vaga.

En definitiva, la cuestión está en saber si todas las relaciones que se establecen a través de los medios, sea cual sea su eventual originalidad, no surgen primero de un déficit simbólico, de una dificultad en crear un vínculo social “in situ”. El “yo” ficticio, colma de una fascinación que se cela en toda relación exclusiva a la imagen, es un “yo” sin relación y, al mismo tiempo, sin apoyo identitario (toda identidad se construye evidentemente a través de las alteridades), susceptible, desde ese momento, de ser absorbido por el mundo de las imágenes donde cree poder encontrarse y reconocerse.

Los ejemplos que acabo de citar son, evidentemente ejemplos limitados. Expresan tendencias, riesgos, no la totalidad sociológica de las ciudades y del mundo. Pero es necesario tenerlos en cuenta para extraer al menos dos lecciones:

1) Urbanistas, arquitectos, artistas y poetas deberían ser conscientes del hecho de que sus destinos están ligados y que su materia prima es la misma: sin imaginario no habrá más ciudad e inversamente.

Pero el vínculo del imaginario y de sus prolongaciones afectivas en el espacio es complejo. Recordemos los sollozos de los antiguos habitantes de los grandes complejos destruidos: hemos descubierto en directo por la televisión que no es tan fácil hacer la felicidad estética de los humanos.

2) De aquí el problema de las afueras, de las periferias. Están agobiadas bajo las imágenes (en Europa vemos concentrarse en su superficie todos los no-lugares del consumo y de la circulación, grandes centros comerciales, aeropuertos, cruces de autopista, almacenes, publicidad agresiva, estaciones de servicio, etc. La densidad de desempleados y de poblaciones inmigrantes es siempre presentada como un problema. Se les asocia la imagen de una violencia latente), aparecen como la anti-urbanidad. Una frontera se esboza: la ciudad-ficción se vuelve un espectáculo- pero visto eventualmente como extranjero por aquellos mismos que habitan muy cerca y que se dirigen a la ciudad el sábado por la noche.

Estas afueras, estas periferias, necesitan, en primer lugar, una atención social, económica y cívica que les es mezquinamente medida. Hablemos utopía: hace falta recrear las condiciones del imaginario que han estado siempre inscritas en la real socialidad de los lugares.

Podría decirse: hagan una buena política y todos los lugares serán puestos en canciones (Nogent, Chaville, Joinville-le-Pont).

Los signos positivos para terminar en algunas películas que yo diría luces, los cineastas han reinventado los espacios uniformes de la ciudad-Moretti, en su "Journal intime", "Diario íntimo", se aventura en la periferia de Roma, Wim Wenders hace de "Lisbone Story" la exploración de un mundo en apariencia abandonado. La imagen aquí precede a la función. Designa los espacios que es necesario construir o reinventar, dibuja el espacio del encuentro. Se demora en los solares, los márgenes, los desiertos provisionales, errante y atenta. La cámara, por sus movimientos, como un perro de caza, muestra que ha encontrado la pista, que Roma es siempre Roma, Lisboa dentro de Lisboa, hace falta reencontrar la huella del imaginario en fuga.

Si debemos desviarnos de la ficción de las imágenes sin soporte simbólico, es para resimbolizar lo real y resucitar, en el mismo impulso, el imaginario, la ciudad y el vínculo social, la estrecha imbricación entre lugar y no-lugar, con cuya ausencia no hay más que terror o locura.